



EL

CORREO DE LA MODA.

ALBUM DE SEÑORITAS.

Periódico de Literatura, Educacion, Música, Teatros y Modas.

SUMARIO. Instruccion: por don A. Pirala.—Ecos del Alma (poesia), por doña Eduarda Moreno Morales.—Contra Soberbia Humildad (continuacion).—El Hombre y la Mujer, por doña Dolores Cabrera y Heredia.—Variedades: El Núm. 3, por Gazel.—Descubrimientos notables, por F.—Modas.—Teatros.—Esplicacion del pliego de Patrones.

INSTRUCCION.

Algunas ideas de Mma. Stael sobre la mujer.

Hablando del amor, esta notable escritora, considera á la mujer la víctima del templo en que se la dice es adorada.

«La naturaleza y la sociedad, añade, han desheredado á la mitad de la especie humana: fuerza, valor, génio, independencia, todo pertenece á los hombres, y si éstos rodean de homenajes los años de la juventud de la mujer, es por divertirse en destruir un trono: y se la permite mandar como á los niños, en la certeza de que no pueden obligar á obedecer.»

Mma. Stael se dejaba llevar de su arrebatadora imaginacion hasta el punto de desconocer, que el amor que una mujer inspira, no la da el poder por un momento, sino que dura tanto como el amor, y hace del hombre hasta el vasallo de sus caprichos.

Por esto si el amor es la sola pasion de la mujer, si es la historia de su vida y solo un episodio en la del hombre, no es de estrañar que sea en ella secundaria la ambicion y el amor de la gloria, y escaso el número de las que vayan en pos de un renombre que no podrian conservar.

La reputacion, el honor, la estimacion, todo, en efecto, depende de la conducta que haya observado la mujer, en tanto que las leyes de la moralidad misma, segun la opinion de un mundo injusto, parecen suspendidas en las relaciones de los hombres con las mujeres. Pueden pasar por buenos y haberles causado los mas crueles dolores que el poder humano pueda producir en el alma; pueden pasar por veraces, y haberlas engañado; y en fin, pueden haber recibido de una mujer los servicios, las pruebas de afeccion, que ligarian por toda la vida á dos amigos, á dos compañeros, y deshonoraria al que se mostrase capaz de olvidarlos, y pueden haberlos recibido de una mujer, y se desentiendan de todo atribuyéndolo todo al amor, como si un sentimiento, un dón de mas, disminuyese el precio de los otros.

Pero no es esto una regla general; y al reconocer la misma Stael que hay hombres cuyo carácter es una honrosa escepcion, hace justicia á nuestro sexo, y desmiente esa opinion general bajo tal concepto, sin que caiga el ridículo sobre el que anunciase en las afecciones del corazon la delicadeza del principio que una mujer se creeria obligada á afectar, si no le esperimentase.

Se vé comunmente que las mismas deferencias de una mujer, sus cariñosas demostra-

iones, ligan al hombre á contraer un reconocimiento que termina por un cariño verdadero hácia aquella persona que ha interesado su corazón, quizá sin pretender interesar mas que su deferencia. Entonces se comprende la parte que toma el corazón en las relaciones del hombre.

Mas que la duda de la mujer, creo posible la del hombre. Si como dice la escritora francesa, los hombres se consideran seguros, entre otras razones, por la necesidad que tienen las mujeres del apoyo del hombre que ellas aman, éste, que no interesa en sus relaciones mas que su corazón, hace resaltar mas su consecuencia, que la de quien tiene necesidad de ella.

Y el hombre por lo mismo que es el fuerte, por lo mismo que ejerce la superioridad de dominio, cede siempre ante la debilidad y abdica su voluntad á la que se le impone con una sonrisa ó con una lágrima.

Este es el uso que suele hacer de su poder; otro, seria indigno.

A. Pirala.

LITERATURA.

ECOS DEL ALMA.

Señor, yo te comprendo,
yo admiro tu grandeza
si la callada luna
con mágico fulgor
derrama en mí sus rayos
de cándida pureza,
y alumbra misteriosa
mis sueños de dolor.

Señor, yo te comprendo,
cuando las gayas flores
desplegan sus capullos
al beso matinal,
y cuando pierden tristes
perfumes y colores,
sus hojas arrastrando
airado el vendabal.

Señor, yo te comprendo;
si tiembla el Occéano
y agítase terrible
con fuerte y ronco són,
allí, Señor, se encuentra
tu sacrosanta mano,
allí, Señor, se escucha
tu misteriosa voz.

Señor, yo te comprendo;
tu voz escucho airada
cuando en la noche oscura
se agita el huracán,
y en el ardiente rayo
contemplo tu mirada,
y en el vibrante trueno
tu escelsa majestad.

Señor, yo te comprendo,
cuando en mi mente zumba
de las desgracias miserables
el viento asolador;
si rezo en fría, pobre,
y abandonada tumba,
la cruz de tosco leño
recuérdame tu amor.

Señor, yo te comprendo;
tu imagen santa y pura
veo á través de un alma,
de un lienzo, y de un pincel,
veo en su frente jóven
el rayo que fulgura,
y tu divino aliento,
Señor, contemplo en él.

¡Gracias os doy, Dios mio!
mi pobre pensamiento
en su inspirado génio,
tu gloria comprendió;
gracias os doy, Dios mio!
hoy con placer ya siento
que de un letargo triste
mi mente despertó.

¡Señor, Señor! si un tiempo,
con loco desvarío,
en mi abatida mente
su imagen abrigué,
y si en la lucha eterna
del pensamiento mio
con su recuerdo triste
mi pecho desgarré....

Es porque vi tu gloria
divina y refulgente
allá en su jóven alma
tranquila reflejar;
es porque tú, Dios mio,
bajastes á su mente
y en él tu imágen pura
tambien quise adorar.

Señor, yo te comprendo;
tú estás en mi conciencia,
tú vives en mi mente,
tú existes en mi sér;
yo aspiro en mis dolores
tu misteriosa esencia,
que tuyos son, Dios santo,
mi pena ó mi placer.

Señor, yo te comprendo;
de mí tus tiernos ojos
no apartes, no, y alienta
mi trémulo laud,
y ya que piso triste
del mundo los abrojos,
haz que jamás mi planta
vacile en la virtud.

EDUARDA MORENO MORALES.

Granada, 15 de Enero 1836.

CONTRA SOBERBIA HUMILDAD.

NOVELA ORIGINAL.

(Continuacion.)

No era que Inés deseara en manera alguna estar por mucho tiempo ausente de su casa, sino que todos los corazones aman por un momento la libertad, cuando el alma es todavía jóven, y sobre todo cuando está herida por el amor, ó abatida por la tristeza.

Tristes, muy tristes eran en verdad los pensamientos de Inés durante su camino; no envidiaba los pintorescos caserios, ni las cómodas granjas que encontraba á su paso, pero no podía menos de lamentarse de su soledad en el mundo.

Ausente de su única y querida amiga, viendo á su madre enferma y casi muda, pasaba los dias y las noches sola, porque su padre, cansado de correr los campos dirigiendo la labor, venia solo á casa para entregarse algunas horas al descanso.

¿Y Francisco? ¿qué habia sido de aquel Francisco, único objeto que llenaba el porvenir de la dulce Inés?

Ay! el destino fatal no contento con arrebatarse á su amiga, le arrebató tambien al amante, al esposo prometido en quien cifraba todas sus esperanzas, y Francisco partió como uno de tantos afiliados forzosos, que tan valientes como bisoños fueron, á sacrificar en defensa de la patria una vida rica de porvenir y de esperanza.

Cuatro meses habian trascurido ya desde la marcha de Francisco, y despues de la primera carta en que avisaba su salida de Valladolid, ni la menor noticia suya se habia recibido en Argandenes. ¿Seria indiferencia? olvido tal vez? Nadie podia decirlo, pero el corazon de Inés se rebelaba contra tamaña ingratitud, y al recuerdo de Francisco brotaron siempre las lágrimas de sus ojos.

¿Y cómo no llorar? Inés veia la desgracia que despues de la marcha de Teresa perseguia á su padre en todos los negocios, y se refugiaba en la idea de Francisco como en el ángel salvador, que habia de ofrecer el descanso al anciano en los postreros dias de su vida.

Cuando llegó á la villa encontró á su madrina llorosa y conmovida, como si le acabase de suceder alguna desgracia.

—¿Qué teneis mi querida madrina? le preguntó Inés sentándose á su lado con familiaridad.

—¿Qué tengo? ¡Ay, hija mia! respondió la anciana derramando un torrente de lágrimas; una desgracia, una gran desgracia.... mi hija.... mi....

—Vuestra hija! pero qué le ha sucedido á la pobre Emilia?

—¿Qué!... vamos.... el dolor no me permite decirlo. Ya sabes que su esposo es el comandante de la guarnicion de Valladolid, cuya plaza se halla amenazada, segun dicen, por las tropas francesas. Emilia recibió una carta de su esposo en la que nada le decia de este riesgo, pero á ella se le amontonó el juicio, y sin respetar las razones que su marido pudiera tener para guardar silencio, se puso inmediatamente en marcha con un criado, diciéndome que queria morir con él... Ay! Inés! es la primera vez que me hallo sola.... ¡Hasta hoy no habia casado á mi hija!

—Pero volverá.

—Volver? No volverá, no; hace mucho tiempo que su marido desea que vaya á unirse con él, y solo le retenia la idea de nuestra dolorosa despedida. Ahora ya se ha separado de mí, y al fin mi yerno querrá vivir con su mujer.... y nada mas jus

to, añadió la anciana enjugando sus lágrimas, que el marido y la mujer vivan juntos.

—Inés, Inés, no te vayas, no, hija, que tenemos mucho que hablar.

—No me voy, no, señora.... yo estaré todo el tiempo que sea necesario para consolarla.

—Es preciso que lo sepas todo, es necesario que en recompensa del entrañable cariño que te profeso, te dispongas á hacer algún sacrificio. Deseaba con ansia que vinieras, porque desde el momento que marchó mi hija, á quien acaso no volveré á ver, pensé en tí, como la única persona capaz de hacerme menos penosa su ausencia; por lo tanto mi mayor deseo en el día es que desde hoy mismo, si es posible, te quedes en esta casa. Quiero que vivas siempre conmigo, que abandones el trabajo ordinario del campo, y que dediques el tiempo á las labores domésticas mas delicadas y propias, que yo te hice aprender con tanto gusto en tus primeros años.... que vivas aquí.... sin volverte á separar nunca de mi lado.

—Pero señora, Vd. se olvida de que yo tengo padres... eso es un imposible.

—No, no es imposible. Tus padres estarán cuidados por una persona de toda nuestra confianza.

—Oh! Nunca!

—Era tan significativa la exclamacion de Inés, habia en ella tanto amor, tanta dignidad, que la anciana doña María calló.

—¿Cambiaría Vd. á su hija por otra? dijo Inés procurando contener su sentimiento.

—No, no, es verdad, no he dicho nada; á pesar de que, si no quieres dejarlos, si no quieres entregarlos en manos estrañas, los traerémos aquí... aquí vivirán felices, descansados y bien asistidos. Además, Inés, en los pueblos grandes está la luz, y en Argandenes estarás siempre oscurecida como una lechuza; aquí brillarás, aquí vestirás como las demas jóvenes de la villa, que serán tus amigas, y te harán parecer un ángel, porque eres muy hermosa, hija mia!... Te pones encarnada? ¿Cuántas veces te lo habrá dicho el espejo!

—Querida madrina, respondió Inés con amargura; yo agradezco con todo mi corazón la generosidad con que Vd. me ofrece su proteccion, pero un padre anciano y una madre enferma, son una carga que solo á los hijos puede parecer ligera. Sí, mi generosa bienhechora; traer aquí á mi padre, sería arrancarle la dulce satisfaccion de ser el amo de su casa, pobre en verdad comparada con ésta, pero que al fin, es suya. Traer aquí á una pobre anciana paralítica era decirle *mueres*, porque ¿cómo

se atreveria en una casa que no fuese la suya á abandonarse é esas impertinencias, hijas del mal humor, y que son el único desahogo de los enfermos incurables? Ay! no, señora... no los dejaré... ni los traeré, quiero vivir con ellos y consagrar si es necesario mi vida entera á su cuidado.

Aquí estará la luz, pero yo quiero mejor la sombra, la sombra de mi humilde cabaña, la sombra del hogar paterno, donde tan amargas horas paso; porque donde está el cumplimiento del deber allí está Dios, y ante Dios, señora, desaparece la sombra, porque Dios es la verdadera luz.

Inés vió llorar á su madrina, y se echó en sus brazos llorando tambien, y ofreciéndola venir todos los días que pudiera á consolarla.

Cuando ya nuestra pobre aldeana se disponia á marchar, la madrina le entregó una carta, que habian traído á casa de esta señora para que la remitiese á Inés.

Era una segunda carta de Teresa.

—Otra carta de Teresa, se decia con admiracion, si apenas acabo de contestar ahora á la suya! y la guardó entre los pliegues del blanco pañuelo de muselina que cubria su modesto seno, reservándose el placer de leerla en el camino cuando estuviese ya cerca de la aldea, tomando en seguida el camino de Argandenes con el corazón agitado y el alma llena de tristeza.

—Ay! pensaba Inés durante su camino, todos me hablan de luz, del brillo, de la grandeza; todos ponen delante de mis ojos la seductora perspectiva de las riquezas.... Teresa.... mi madrina, ¿será qué tendrán razon? Pero no, no puede ser. La verdadera luz es la del Evangelio, y esa no brilla en los bailes y en los saraos de Teresa.... Oh! allí, allí está la sombra que yo amo, exclamó vislumbrando la humilde espadaña de la aldea de Argandenes... ¡Allí está la sombra de mis padres, la paz del alma, la luz de Dios!

(Se continuará.)

ROBUSTIANA ARMÍÑO DE CUESTA

EL HOMBRE Y LA MUJER,

POR KRUMHOLTZ.

Cuando el padre de la humanidad y la madre de los vivientes fueron arrojados del Edén, lloraron amargamente y se dijeron entre sí:

—¿Cómo cumpliremos ahora nuestra mision sobre la tierra? ¿quién nos guiará?

Entonces se adelantaron hácia el querubin que guardaba la entrada del Paraiso. Eva se apoyaba en Adan, y se ocultó detrás de su hombro cuando se presentaron ante el guardian celeste.

Adan dijo al querubin en tono suplicante:

—«Ahora que nos hemos vuelto impuros, los mensajeros de Dios no marcharán ya delante de nosotros: ruego, pues, al Criador del mundo que nos envíe uno de sus ángeles, ó cuando menos una estrella que pueda conducirnos.»

El querubin respondió:

—El hombre tiene su estrella en sí mismo, y á pesar del pecado, esa estrella brillará siempre, mas grande y mas pura que las que resplandecen en los cielos. Tu deber es seguirla.

Pero Adan le imploró de nuevo, y dijo:

—Oh siervo de Jehová, dános una imágen visible que podamos contemplar, porque quien se ha alejado una vez del camino recto, encuentra á su corazon sombrío y mudo; la voz interior ya no se deja oír.

Entonces el ángel, pensativo, dijo á Adan:

—Cuando el Eterno te formó del polvo de la tierra y te infundió un soplo de vida, levantaste la cabeza hácia el cielo, y tu primer mirada se fijó en el sol: que sea el sol tu modelo. Empieza su carrera con frente radiante; no se inclina á derecha ni á izquierda; lleva la bendicion por donde quiera que pasa: desprecia al huracan que ruje á sus piés, y despues de la lucha se muestra mas bello y prodiga mas bienes. ¡Hombre, que él sea la imágen de tu tránsito sobre la tierra!

Entonces la graciosa madre de los vivientes se acercó temblando al mensajero celestial:

—Dáme tambien, le dijo, una palabra que me sirva de leccion ó de consuelo. ¡Cómo podria la débil mujer elevar su mirada al sol y seguir su curso.

Así habló Eva: y el querubin tuvo piedad de la mujer; y volviéndose hácia ella con semblante risueño, la dijo:

—Cuando el Eterno te formó á la luz del sol poniente, tus ojos no se levantaron hácia el cielo, sino que se bajaron sobre las flores del Edén, y el primer sonido que llegó á tus oidos fué el murmullo del manantial. ¡Qué tu obra sea semejante á la obra de la naturaleza! Silenciosamente produce todo lo que es grande y bello; todo germina en su seno; hace nacer la flor y el fruto, y se embellece con lo que ha creado. ¡Débil mujer, hé aquí tu modelo!

Despues el ángel añadió, dirijiéndose al hombre y á la mujer:

—Qué vuestra union sea tan sincera y tan completa como la de la tierra y el cielo!

DOLORES CABRERA Y HEREDIA.

VARIEDADES.

EL NÚM.º 3.

I.

De sus lábios lo oí en el momento en que me enseñaba el billete.

Diligencias de...

Interior, núm. 3.

Iba á emprender un viaje al Norte.

Al recibir la noticia mi corazon y el termómetro se armonizaron.

A los tres dias nevó.

Era la tapada del capuchon azul á quien ví *tres* noches en el Teatro Real las pasadas fiestas.

Su nombre,

Ya se lo dije á Miguel. A mis lectoras les importan *tres* cominos mis asuntos.

Por eso no digo mas sobre esto. Llenaria treinta cuartillas si hubiera de decir todo lo que callo.

Por eso no le dije á ella mas que *adios*, porque tenia *tres mil* cosas que decirla.

II.

Tres dias despues me encontré á un poeta que lleva dignamente el nombre glorioso de otro poeta.

—Me voy á Jerusalem, me dijo.

—Porque nieva?

—Sí, porque está en blanco el libro que ahora ofrece el mundo á mis ojos, y voy á buscar otro libro en que las generaciones hayan escrito algo que por acá se ignore.

—Vas solo?

—No, me acompañan dos árabes.

—Es decir que sois *tres* los viajeros.

—Sí.

—El número me persigue, —¿y cuándo?

—No lo sé, han de avisarme *tres* dias antes de la partida.

Cero y van dos, dije pensando en el termómetro, y en los viajeros del Norte y del Mediodia.

Y no hablé mas con mi amigo, porque hubiera tenido conversacion para *tres semanas* si le

hubiese dicho todo lo que á mi me decian su separacion y su viaje.

Eucaminéme á mi casa perseguido por el número, y con el número dormime.

Y soñé con el número.

Tres, decia yo, fué el número de Pitágoras.

Tres son las personas de la Santísima Trinidad.

Tres las de la sacra familia.

Tres decenas y tres unidades componen la edad de J. C.

Tres fueron los reyes que lo saludaron en la cuna.

Tres las veces que Magdalena le enjugó el rostro.

Tres las cruces que á su muerte hubo en el Calvario.

Tres las veces que S. Pedro le negó á su maestro.

Las tres la hora en que espiró.

Tres los dias que tardó en resucitar.

Tres las Marias que hubo al pié de la cruz.

Tres los clavos con que lo crucificaron.

Tres los dias que dedica la Iglesia al aniversario de su pasion y muerte.

Tres las virtudes teologales.

Tres los enemigos del alma.

Tres fueron las guerras púnicas.

Tres las Cruzadas contra los infieles.

Tres los caballos célebres, Pegaso, Babieca, y Rocinante.

Tres los Horacios y Curacios.

De tres personas se compuso el triunvirato romano.

De trescientos el Senado.

Tres fueron las formas de gobierno que hubo en Roma.

Tres las gerarquias que se establecieron entre los ciudadanos.

Tres las establecidas para los extranjeros.

Tres los modos que tenian de hacer testamento.

Tres los que usaban para manumitir á los esclavos.

Tres han sido los grandes poetas de la humanidad. Homero, Dante y Byron. Sus obras son el espejo de tres civilizaciones.

Tres fueron las hijas de Elena.

Tres las gracias.

Tres las embarcaciones que llevó Colon para el descubrimiento de América.—De la multiplicacion del 3 por si mismo resultan las nueve musas.

Tres son los actos ó jornadas en que dividen los clásicos una obra dramática.

Tres las unidades que piden en ella.

Tres las fases de la vida del hombre.

Tres los estados de la mujer.

Tres los poderes del estado.

Tres las facultades del alma.

Tres las clases de coronas que se conocen; de espinas, de oro y de laurel.

Tres los pasos difíciles. El del mar Rojo, el de las Termópilas y el de la Puerta del Sol de Madrid en un dia de lluvia.

Tres son los espadas en una corrida de toros.

Tres las clases de suertes que se hacen en ellas.

Tres los años que cuenta ya la guerra de Oriente.

Tres las personas necesarias para jugar al tresillo.

Tres las bolas de una mesa de billar.

Tres las separaciones de una diligencia.

Tres las clases de coches del ferro-carril.

Tres los ejercicios que tiene que hacer un estudiante para ser licenciado.

Tres las proclamas ó amonestaciones que preceden al matrimonio.

Tres las palmadas que sirven de señal en un duelo.

Por el terno suspiran todos los que juegan á la loteria.

A las tres, dice el adagio, que va la buena.

Y al porfiado se dice que busca tres piés al gato.

Y á tres hombres inútiles se les llama tres piés para un banco.

De tres personas se compone un tribunal.

De tres dias el Carnaval y las Pascuas, y las fiestas populares, y muchos aniversarios.

El 3 marca una porcion de épocas célebres en la historia de España; 4803, 4843, 4823, 4853, 4843 y 4853 en que Europa perdió el equilibrio al decir de los diplomáticos.

Los acontecimientos que tuvieron lugar en estos años los sabrán todas mis lectoras; pero sino... yo no puedo recordárselos, por no hacer recordar al señor fiscal sus atribuciones.

Tampoco puedo continuar enumerando las diversas formas en que el número 3 se me presentó durante mi sueño, porque seria cuento de nunca acabar.

Baste decir, que hasta el matrimonio lo consi-

deré yo aquella noche como Balzac en figura de *tríduo*; es su frase.—Y que mi sueño me pareció un terceto insufrible é interminable.

III.

Así pasé la noche.

Al despertar cogí un libro para olvidar el sueño. Era el *Album*. Lei tomo tercero y lo cerré. Pero acordéme entonces de que hacia *tres* semanas que no habia escrito nada para este periódico.

Voy á escribir el tercer artículo en este año.

El número volvia á perseguirme.

Cogí la pluma, y para huir de esa cifra que habia venido á ser mi pesadilla, escribí *tres* párrafos, que si no forman un artículo, encierran por lo menos un número considerable de *treses*, que generosamente regalo á mis indulgentes y bellisimas lectoras.

GAZEL.

DESCUBRIMIENTOS NOTABLES.

Creiendo que nuestras amables lectoras verán con gusto el origen de las dos grandes aplicaciones del vapor, que tanto han contribuido en nuestros dias á cambiar la faz del mundo, esto es, los ferro-carriles y los vapores marítimos, vamos á darles una sucinta pero exacta noticia de un hecho que tan inmensa influencia ejerce en las modernas sociedades. A semejanza de lo que respecto de todos los grandes descubrimientos ha ocurrido, el origen del que hemos mencionado es por demas humilde.

Hacia el año de 1680, el carbon de piedra llegó á sustituir generalmente al uso de la leña, así en Lóndres como en las demas ciudades de Inglaterra. Pero como las caballerías y los carros en que se trasportaba este indispensable artículo de las minas inmediatas á Newcastle á los buques que lo conducian á Lóndres, ocasionaban los cuantiosos gastos y la pérdida de tiempo que desde luego se advierte; y como por otra parte, la necesidad es el mas poderoso estímulo de la industria, y el primer elemento de progreso, hé aquí que uno de los propietarios concibió la feliz idea de fijar en el camino unos angostos listones de madera, dispuestos de suerte que las ruedas de los carros pudiesen fácilmente rodar sobre ellos.

Merced á esta invencion, se echó de ver que un caballo podia arrastrar tanto peso como seis en un camino ordinario, y esto en mucho menos tiempo. Esta especie de ferro-carril, que en rigor hablando, debiera llamarse *ligneo-carril*, se mantuvo en uso hasta el año 1756, en que las barras de hierro fundido reemplazaron las de madera, tan ventajosamente cual no necesitamos encajercer. Desde principios del siglo actual se han hecho rápidos adelantos en esta materia; hoy los ferro-carriles cruzan la Inglaterra y la Europa en todas direcciones; y á beneficio de máquinas admirablemente perfeccionadas, nos es fácil establecer comunicaciones en breves horas entre sus mas distantes extremos, puesto que los trenes pueden recorrer cuarenta millas por hora. El único obstáculo que se opone á la estension indefinida de tan prodigioso medio de locomocion, es el enorme dispendio que requiere.

Por lo que respecta al vapor aplicado á la navegacion, absteniéndonos ahora de prejuzgar la cuestion de si su primera idea es debida á un español, como muchos sustentan, dirémos que en 1736 J. Hulls obtuvo una patente de invencion por una máquina para mover los buques contra viento y marea, y aun en tiempo de calma. En 1778 tuvo lugar en América esta misma aplicacion del vapor; y en 1784 el marqués de Jouffroy construyó un barco de este género destinado á navegar en el Saona.

Desde dicha fecha hasta el dia, la navegacion por medio del vapor ha experimentado sorprendentes adelantos, y de tal manera se ha generalizado particularmente en Inglaterra y América, que los vapores se cuentan en estos dos paises por cientos. En la actualidad se halla establecida una comunicacion regular por medio de vapores-correos, que cruzan el Atlántico, y llegan en doce dias desde Nueva-York á Liverpool: celeridad que hubiera parecido increíble no há muchos años, y que demuestra lo que puede llevar á cabo el ingenio humano, ayudado por la perseverancia, el arrojé y el estudio.

F.



MODAS.

La cuaresma adelantando en su curso, nos ha traído insensiblemente al círculo de nuestra vida normal: el bullicio y algazara de los bailes es reemplazado por otras ocupaciones más tranquilas: la asistencia á las iglesias, las visitas y los paseos, dan otro giro á las exigencias de la Moda.

El traje de calle se recomienda por su sencillez. Los de uso más general se componen de vestidos de grós negro, ó de color oscuro, con volantes, alternando con otros de telas de mezcla, á cuadros ó rayadas, de falda lisa. Para visita, los de muaré antique, de popelina de Lyon, ó de otras telas de seda, con disposiciones variadas.

Los cuerpos para estos vestidos continúan altos y cerrados, con adornos de cinta, pasamanería ó flequillos, conservando las aldetas: en algunos se guarnece la falda por delante, de tiras de terciopelo, de flequillos, ó de rizados de cinta, que se repiten en el cuerpo. Las mangas se llevan con cuatro volantes, ó bien ajustadas de arriba, con un hueco y dos guarpiciones.

Las mangas blancas siguen de huecos con volantes, intermedios de lacitos de cinta.

Para traje de visita, recomendarémos á nuestras lectoras uno de muaré verde, con ramos brochados: el cuerpo alto, de talle redondo y sin aldetas, lleva el pecho guarnecido de seis órdenes de rizados de cinta, con un lazo pequeño en sus estremidades: la manga justa de arriba, y cortada en picos, guarnecidos del mismo rizado de cinta; debajo sale un volante en forma de campana, que lleva el mismo adorno. En la falda se coloca otro rizado, también á picos, que figura cubrir un ancho volante, con el mismo efecto que el de la manga. El peinado, muy bajo de atrás, es de bandós huecos, que dejan casi descubierta la oreja. Dos cintas de terciopelo punzó, que la una pasa por la frente, y la otra por el moño, vienen á reunirse al lado en un lazo con cabos flotantes. Este traje puede llevarse para calle con mantilla.

Como en la Cuaresma también hay bailes, no estará demás les indiquemos uno muy lindo. Es de tafetan blanco y de triple falda: la primera es de tafetan y tiene siete anchos; la segunda es de tul y va recogida por su bajo, formando como un hueco: la tercera es de tafetan, y tiene siete anchos; va guarnecida así como la primera, de ramos de

flores. El cuerpo es muy escotado, en forma de V, casi sin hombrera y con manga de tul, muy pequeña: una drapería de tul adorna el pecho, terminando en una guarnición de blonda que forma como un pabellón: otra guarnición sube desde la cintura al hombro, á manera de tirante, cubriendo la manga, y bajando por detrás del mismo modo. En el pecho y hombros hay también ramos de flores, como los de la falda, aunque más pequeños, que se reproducen en el peinado en mayor tamaño.

AUROBA PEREZ MIRON.

TEATROS.

Con un lleno completo se puso en escena el miércoles en el Teatro de la Zarzuela, la titulada *El conde de Castralla*, de los señores Ayala y Oudrid, para el beneficio de la señorita Ramirez.

Digna esta composición por su bella poesía del autor de *Rioja*, tiene escenas de muy buen efecto, y animación en los actos primero y segundo, si bien en el tercero adolece de languidez. El público del *Circo*, galante siempre con sus actores favoritos, obsequió á la beneficiada con flores y palomas en la canción andaluza con que terminó la fiesta.

En el mismo día tuvo lugar en el *Príncipe* el beneficio del señor Osorio (D. M.) con la representación del drama; *Por ella!* producción de su hermano don Fernando. La ejecución fué digna de este coliseo, y el público llamó justamente al autor al final, al palco escénico.

Esplicacion del pliego de Patrones.

Núm. 1. *Espalda* de un canesú de camisa de mujer, bordado al feston.

Núm. 2. *Delantero* de la misma.

Núm. 3. *Mitad* de la manga de id.

Estas dos mitades se unen por debajo del brazo, y se cruzan después una sobre otra en el hombro.

Los demás patrones son para una chaquetita de aldetas larga, para niño de seis á ocho años; los números que llevan las piezas de que se componen marcan los puntos de su empalme.

Este vestidito puede galonearse con cinta de pasamanería, ó bordarse de trencillas.